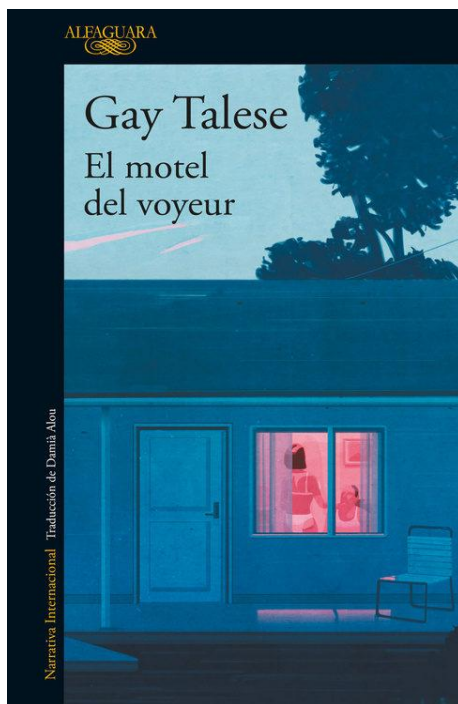


Gerald Foos, un voyeur épico contemporáneo

Diego Nin



1

“Conozco un hombre casado y con dos hijos que hace muchos años se compró un motel de veintiuna habitaciones cerca de Denver a fin de convertirse en su voyeur residente.”

Con esta impactante frase, el periodista y escritor estadounidense Gay Talese comienza su libro y la presentación pública de un singular personaje activo pero oculto durante decenios, un voyeur épico contemporáneo llamado Gerald Foos.

Con la ayuda de su esposa practicó unos agujeros de forma rectangular en los techos de una docena de habitaciones; cada uno medía quince por treinta y cinco centímetros. A continuación cubrió las aberturas con unas lamas de aluminio de celosía que simulaban rejillas de ventilación, pero que en realidad eran conductos de observación que le permitían, mientras estaba arrodillado o de pie en el suelo del desván cubierto por una gruesa moqueta, bajo el tejado a dos aguas del motel, ver a los huéspedes de las habitaciones de abajo. Estuvo observándolos durante décadas, al tiempo que llevaba un diario en el que anotaba casi cada día lo que veía y oía. Y durante todos esos años, nunca lo pillaron.

Aunque en 1980 Gay Talese ya era una primera figura del periodismo de investigación en Estados Unidos, su fama y su éxito estaban a punto de llegar a la

cima con la inminente publicación de un libro que ya se había comenzado a publicitar en los medios: *La mujer de tu prójimo*. Se trataba del resultado de una investigación, que le había insumido varios años, sobre la importante liberalización que se había verificado en la sociedad norteamericana, en las décadas de los 60 y 70, en relación a las leyes y a la moral sexual, la pornografía, el erotismo y las prácticas sexuales en distintas zonas del país. Gay Talese había sido testigo, había hecho trabajo de campo, había observado, participado y entrevistado a cientos de personas. Luego había escrito el libro con brillantez, una extraordinaria obra de periodismo narrativo preciso, fluido, atrapante como una novela, pero sin quitar ni sustituir un solo nombre real. Nunca aceptó publicar con nombres ficticios.

Ese mismo año Gay Talese recibió una misteriosa carta de parte del voyeur de Colorado:

Querido señor Talese:

Tras enterarme de la publicación de su muy esperado estudio sobre el sexo a lo largo y ancho del país, que se incluirá en su libro de próxima aparición, *La mujer de tu prójimo*, me considero poseedor de una importante información que podría formar parte de ese libro o de otro futuro.

Seré más concreto. Desde hace más de quince años soy el propietario de un pequeño motel de veintiuna unidades situado en el área metropolitana de Denver, y al tratarse de un establecimiento de clase media, ha atraído a gente de lo más variopinto y ha tenido como huéspedes a una muestra enormemente representativa de la población estadounidense. Compré este motel para satisfacer mis tendencias de voyeur y mi irresistible interés por todas las fases de la vida de la gente, tanto social como sexualmente, y para responder a la antiquísima pregunta de “cómo la gente se comporta sexualmente en la intimidad de su dormitorio” (...) Lo hice tan solo por mi ilimitada curiosidad acerca de la gente, y no únicamente como si fuera un voyeur perturbado. Es algo que he hecho durante los últimos quince años y he llevado un diario escrupuloso de la mayoría de los individuos que he observado, compilando interesantes estadísticas sobre cada uno (...)

Casi todo el mundo clasifica las prácticas precedentes como desviaciones sexuales, pero puesto que hay una gran proporción de gente que las practica de manera habitual, deberían clasificarse como inclinaciones sexuales (...)

He visto expresarse casi todas las emociones humanas, con toda su tragedia y humor. Sexualmente hablando, durante estos últimos quince años he presenciado, observado y estudiado de primera mano el mejor sexo entre parejas, espontáneo, no de laboratorio, y casi todas las demás desviaciones concebibles.

El principal objetivo a la hora de proporcionarle esta información confidencial es la creencia de que podría ser muy valiosa para la gente en general y para los investigadores del sexo en particular (...)

Si está interesado en obtener más datos o le gustaría inspeccionar mi motel y sus actividades, por favor escríbame al apartado de correos que adjunto (...) De momento no puedo revelar mi identidad a causa de mi negocio...

Escribe Gay Talese:

Aunque yo daba por supuesto que su narración se centraba en lo que le producía excitación sexual, también era posible que él observara y anotara cosas que existieran más allá de la perspectiva de su deseo. Un voyeur está motivado por las expectativas; en silencio invierte infinitas horas con la esperanza de ver lo que espera ver. Y sin embargo, por cada episodio erótico que presencia, también tiene acceso a multitud de momentos mundanos y a veces de lo más aburridos que representan la rutina diaria humana de lo vulgar: gente defecando, haciendo zapping, roncando, afeitándose delante del espejo y haciendo otras cosas demasiado tediosas y reales para los *reality shows* de la actualidad. Nadie cobra menos por hora que un voyeur.

3

Pero, con gran lucidez, Talese también observa el hecho de que, en ocasiones, y de manera inadvertida, “*un voyeur sirve de historiador social*”, tal como había sucedido con el caso del diario de aquel caballero inglés anónimo de mediados del siglo XIX, *My secret life* (once volúmenes y más de cuatro mil páginas). Talese había leído poco tiempo atrás *The Other Victorians* (Los otros victorianos), donde Steven Marcus, biógrafo, ensayista y profesor de la Universidad de Columbia, realiza un estudio de dicha obra y deja en evidencia la otra cara de la Inglaterra victoriana, todo ese submundo de libertinaje, prostitución y prácticas eróticas extravagantes e indecorosas, aunque no por ello menos extendidas.

Por cierto, todo este abundante e intenso *underground*, la vida secreta y real de la sexualidad, fue excluida deliberadamente de las novelas de Dickens, incluso en el plano del lenguaje, el lenguaje de las prostitutas y de los muelles. Es imposible no pensar en que, de alguna manera, de allí surgió el pensamiento de Freud, figura del victoriano sincero que denunció aquella flagrante hipocresía social e hizo de ello una extraña teoría de las llamadas neurosis.

En un principio Gerald Foos se contentaba con espiar, excitarse cuando podía, masturbarse y compartir su actividad de voyeur con su complaciente esposa Donna, quien no disfrutaba de mirar pero a veces lo acompañaba y hasta hacían el amor en lo que Foos llamaba “*la plataforma de observación*”.

Pero con el tiempo se fue haciendo cada vez más importante para él tomar notas y darle a su actividad erótica una pretensión de investigación científica. Comenzó a sentir la necesidad de un reconocimiento más amplio, ya que gracias a su

laboratorio de observación, creía poseer unos conocimientos muy valiosos sobre el comportamiento sexual humano y las relaciones de pareja. Además, realizaba descripciones reales, descarnadas, despojadas de lo que el mundo llama decoro.

Cuando comenzó a preocuparle que ese tesoro de observaciones pudiera perderse, en 1980 se contactó por carta con Gay Talese para que usara y divulgara su trabajo, titulado *Diario de un voyeur*. Pero como no podía publicarlo con el nombre verdadero del autor, por obvias razones legales, el periodista rechazó la oferta. Se publicó finalmente más de treinta años después, cuando Foos, ya anciano, en 2016, accedió a salir del anonimato.

Foos reivindicaba su “trabajo” argumentando que sus observaciones eran más científicamente válidas que las de los famosos laboratorios Master & Johnson de investigación de las respuestas sexuales, porque en su motel las personas no sabían que las estaban mirando. Eran más auténticas y objetivas que el Informe Kinsey, e incluso más valiosas que el Informe Hite sobre la sexualidad femenina, el que había demolido el mito del orgasmo vaginal. Se consideraba a sí mismo un pionero de la investigación sexual.

Si bien se había interesado desde un principio por la historia de Foos, Talese se había negado durante décadas a usar el material que aquel le ofrecía. Había rechazado su demanda de publicación debido a que Foos se negaba a hacerse cargo públicamente de sus actos venéreos furtivos reñidos con la moral predominante y con las leyes de su país.

Según su *Diario de un voyeur*, Foos fue un ardiente voyeur desde su niñez, cuando pasaba horas y horas espiando por la ventana a su tía Katheryn, su obsesión sexual y objeto de adoración. Pero tuvo que esperar hasta los treinta años para consumir sus anhelos frustrados durante largo tiempo.

Escribió Gerald Foos en su Diario en 1966:

Hoy se ha cumplido un sueño que ha ocupado sin descanso mi mente y todo mi ser. Hoy he comprado el motel Manor House, y ese sueño se ha consumado. Por fin podré satisfacer mi constante anhelo e incontrolable deseo de asomarme a la vida de los demás. Mis impulsos de voyeur ahora se podrán llevar a cabo en un grado que nadie había contemplado hasta hoy. Mis contemporáneos tendrán que conformarse con soñar con lo que yo voy a realizar en el edificio del motel Manor House.

Dispongo del mejor laboratorio del mundo para observar a los demás en su estado natural, y así podré determinar por mí mismo qué ocurre tras la puerta cerrada de un dormitorio (...)

¿Qué habría hecho Freud con su abstracta y especulativa teoría de la “renuncia pulsional”, según él necesaria para el desarrollo de la civilización, si hubiera conocido a Gerald Foos? Foos se las arreglaba perfectamente para esquivar las prohibiciones, para satisfacer su irrenunciable pasión de voyeur. Toda su vida

laboral y familiar se organizaba en torno a ella. Fue un maestro de la logística voyeurista, un constructor de panópticos secretos, si es que cabe la expresión, ya que la figura panóptica de poder necesariamente implica que el observado sepa que está siendo observado.

Sin embargo, podría decirse que Foos llega a descubrir con dolor, desde su plataforma de observación, que el problema de la erótica no es la prohibición ni la renuncia sino la imposibilidad. No es tanto que el inefable placer absoluto esté prohibido sino que es imposible. Por más intensos que sean los placeres del mirar, siempre hay algo que no se alcanza, que se escapa, que lo defrauda de manera rotunda, que lo lleva inexorablemente del éxtasis a la agonía, al tedio, a la tristeza.

Gay Talese selecciona e incluye en su libro varias observaciones del diario de Foos, observaciones que incluyen descripciones del aspecto físico de las parejas, de la vestimenta y de la clase social a la que pertenecían; registros detallados de las actividades sexuales; relatos del comportamiento amoroso, reflexiones sobre el amor o desamor en que vivía cada pareja; sobre el cuidado de las instalaciones del motel; comentarios elogiosos o descalificadores a propósito del desempeño carnal de algunas parejas y, sobre todo, juicios de valor sobre la vida triste, aburrida y miserable que llevaban tantas parejas que tuvo que observar.

Según Foos, la gran mayoría de los hombres actúa con tal grado de egoísmo y de ignorancia del buen desempeño erótico, que son merecedores de la reprobación más contundente. Las mujeres aparecen muchas veces como víctimas de los hombres. Las mejores calificaciones eróticas se las llevaron las parejas lesbianas debido al cuidado, la dedicación, el cariño y el tiempo de complacencia mutua que se dedicaban.

A Foos no le gustaba observar a parejas gay masculinas, hecho que no parece presentarle ninguna objeción a la pretensión de hacer de su “trabajo” de observación una *ciencia sexual* de base empírica, tan en boga en aquellos años.

Desde su plataforma de observación Foos mira la vida íntima de los otros hasta en sus aspectos más triviales. De vez en cuando aparecen escenas hermosas o excitantes, escenas que describe con lujo de detalles escabrosos y que lo transportan a la cima de los ardores carnales masturbatorios: el premio por tantas horas dedicadas al placer de mirar sin ser visto, sin que los otros sepan que están siendo observados, el éxtasis de esta forma específica de la erótica voyeurista, ya que Foos no siente placer por el simple hecho de mirar a otras personas teniendo sexo. Para él siempre se trata del placer de mirar sin que los otros sepan que él los mira.

Pero, contrariamente a lo que uno podría suponer, la mayor parte del tiempo ante su mirada no aparece otra cosa que el tedio, la tristeza y las miserias de la vida cotidiana; para colmo, en una oportunidad hasta fue testigo de un asesinato.

Conclusión: Mis observaciones indican que la mayoría de la gente que va de vacaciones pasa el día amargada (...) Durante sus apariciones en

público es imposible determinar que su vida privada es un infierno de desdicha. Reflexioné acerca de por qué la gente se ve obligada a guardar ese secreto, a no permitir que nadie sepa que su vida es infeliz y deplorable (...)

Esta es la vida real ¡Esta es la gente real! Me disgusta muchísimo ser el único que debe soportar la carga de las observaciones. Estos sujetos nunca encontrarán la felicidad, y el divorcio es inevitable. Él no tiene ni idea del sexo ni de su aplicación. (...) Mi voyeurismo ha contribuido enormemente a convertirme en un pesimista, y detesto este condicionamiento de mi alma (...) Si la sociedad tuviera la oportunidad de ser voyeur por un día, abordaría la vida de manera muy distinta a como lo hace ahora.

Gerald Foos carga con una importante responsabilidad social, aunque no sabe cuál es su función. Probablemente se trate de una función educativa, como dice en cierto momento, la de decir la verdad sobre el sexo con el fin de mejorar la salud mental y sexual de la gente.

Todavía soy incapaz de determinar cuál es mi función (...) Al parecer, se me ha delegado la responsabilidad de llevar esta pesada carga... ¡sin poder decírselo nunca a nadie! Si la vanidad o el destino me designan esta posición en la vida, entonces me veré empequeñecido de manera apreciable por este injusto compromiso. Crece mi depresión, pero no dejo de investigar.

Gay Talese no nos presenta a Gerald Foos como un caso, sino como una historia de vida de alguien que tiene algo para decir al público, que necesita que su voz pase de la soledad de su plataforma de observación a la sociedad. No se trata de perversión ni de psicopatología, ni de trastorno ni de parafilia. Sorprendentemente, el libro luce una total ausencia de interpretaciones y de los tan manidos clichés pop-psicológicos a los que nuestra cultura *psi* normalizadora es tan afecta.

Yo diría que más bien se trata de hacer pública una erótica marginal y secreta (una entre muchas), siempre en tensión con la moral, proscripta por el poder, al borde de la sanción social y la ilegalidad. Pero Foos se las arregla para ejercer su libertad, ya que su plataforma secreta de observación lo posiciona en un innegable lugar de poder. Así, Foos nos muestra en qué medida, como sostenía Michel Foucault, en el poder se trata siempre y únicamente de *relaciones de poder*, y hasta qué punto *la libertad es interna al poder mismo*, no *opuesta* al poder: el poder es su posibilidad misma de existencia.

Gay Talese, *El motel del voyeur*, Ed. Alfaguara, Barcelona, 2017.